

LA TRADICIÓN

PERIÓDICO CATÓLICO MONÁRQUICO

—❖ DIOS ❖—

—❖ PATRIA ❖—

—❖ REY ❖—

A prepararse

La minoría republicana ha presentado una proposición al Congreso pidiendo la expulsión de España de la Compañía de Jesús. Ya hace unos días se anunció que el diputado republicano señor Blasco Ibañez iba á pedir en el Congreso esta expulsión, pero no se confirmó la noticia, ó, mejor dicho, se aseguró que había desistido. Hoy la proposición existe y se ha presentado, diciéndose por algunos que no sólo comprende á los Jesuitas, sino á todas las Ordenes religiosas. Comprenda sólo á la primera, ó á todas las Ordenes, lo cierto es que en las secciones se ha leído la tal proposición y que en dos de ellas se ha admitido. Como para que se presente al Congreso basta con que lo autorice una sección, resulta que tendremos debate sobre esta materia.

Las turbas apedrean los conventos: las Cortes van á tratar de su desaparición. Pedir más fuera gollería. (Y esto en tiempos conservadores). Aprendan los hombres de orden.

Y aprendan también aquellos *católicos románticos*, que cifran todo su consuelo en llorar, como débiles mujeres, las desdichas de la patria allá en el fondo de las sacristías (y por otra parte tienen empeño en acatar las actuales instituciones), aprendan repetimos á estar preparados para la defensa.

Ahora tal vez se convencerán de la verdad que encierra el adagio aquel que dice:

A Dios rogando y con el mazo dando.

Nuestra actitud

El señor Pou, en el Ayuntamiento, insistió en sus ataques contra los concejales que no han acudido al Consistorio para sentarse al lado de los que el señor Pou capitanea; y la minoría carlista insiste en su propósito de no ser deferente con quien la atacó en su dignidad y en su honra, para ocupar el puesto que ocupa.

El señor Pou supone que los concejales gamacistas y los carlistas se confabularon para no asistir á las sesiones del Ayuntamiento, y lo que el señor Pou supone es falso de toda falsedad. La minoría carlista no necesita ponerse de acuerdo con nadie para obrar conforme le dicta su conciencia y las leyes del honor.

Los concejales gamacistas podrán asistir á las sesiones cuando gusten, sin que les critiquemos por su proceder, como tampoco criticamos á los que asisten y desempeñan cargos de distinción, por más que formalmente dijeran que nunca los aceptarían. En cuestiones de honor, cada cual es el más competente juez de sus propios actos.

Como prueba de la confabulación carlo-gamacista, adujo el señor Pou el hecho de haber asistido la minoría carlista á las últimas sesiones del pasado bienio, por más que formaran parte del Ayun-

tamiento concejales que hoy figuran en la coalición. Este recuerdo demuestra ó que el señor Pou no se fija en lo que dice, ó que tiene un concepto equivocado de la justicia.

Ningún concejal del Ayuntamiento anterior fué elegido en virtud de programas infamatorios para los concejales existentes, ni sus periódicos, para sostenerles, señalaron la ventana como la más propia abertura por donde debían de ser arrojados los concejales que no eran de su devoción; y los carlistas, que siempre respetan el modo de pensar de cada cual, en las materias que Dios puso á las disputas de los hombres, hubieran considerado insigne grosería faltar á los que en sus disonancias nunca intentaron menoscabar su dignidad.

¿Es cierto ó no es cierto que los periódicos y los voceros de los coligados dijeron que sus amigos iban al Ayuntamiento para poner coto á los chanchullos, los abusos y las inmoralidades que constituían la esencia de la anterior administración municipal? ¿Es cierto que *La Unión Republicana*, en nombre del partido, dijo que los concejales salientes (no coligados) merecían salir por la ventana?

Como así lo dijeron, no cabe más remedio: que, ó concretar los hechos base de tan grave acusación, ó protestar públicamente contra semejantes dichos. Mientras tanto nuestros amigos persistirán en su actitud.

Autógrafo Augusto

El respetable sacerdote y querido amigo nuestro don José Espinós, en cuyos brazos falleció el lealísimo general Tristany, ha tenido la honra de recibir un autógrafo de D. Carlos, en el cual, como en todos los del egregio proscrito, palpitan el amor á la Religión, á la Patria, á sus fieles servidores, y en éste además el singular y mercedísimo cariño que profesaba al incomparable soldado español, héroe entre los héroes y leal entre los leales.

Hé aquí el hermoso autógrafo del Augusto Desterrado, que de seguro será leído con viva emoción:

Venecia 27 de Junio de 1899.

Mi estimado y querido Mosen Espinós:

Agradézcole en el alma los conmovedores detalles que me dá sobre la muerte de mi querido Tristany. He leído y releído la carta de usted, escrita con el corazón de un carlista, y se la he enseñado á mi mujer, que tanto le quería y admiraba, y que como yo no puedo estos días pensar en otra cosa que en nuestro inolvidable Tristany, tan bueno, tan noble, tan leal. Aún nos parece verle llevando en su persona el sello de la honradez, de la modestia, de la fidelidad, evocando en nosotros la imagen de un caballero de la Edad media y de un verdadero militar español á la antigua usanza.

En más de 40 años que le conocí, siempre le encontré el mismo, siempre dispuesto á obedecer y á cumplir como bueno, resignado con las privaciones y hasta con la miseria, resuelto y valeroso en la batalla, constante en la adversidad, modesto en los días de triunfo, varonil en las horas de prueba, tan sencillo cuando me relataba en mi infancia legendarias proezas, como cuando las llevaba á cabo al frente de mis incomparables voluntarios.

No puedo menos de llorarle, pero al recordar sus virtudes y sus méritos, no sé si debo rezar por él, ó más bien pedirle que interceda por nosotros cerca del Supremo Juez.

Así me lo hace esperar su cristiana muerte, que tanto nos ha conmovido, como nos conmovieron también las providenciales circunstancias que la rodearon, las inspiradas palabras del bizarro general Junquera, el concurso de una música española venida precisamente

de mi heroica Navarra, el acompañamiento numeroso de españoles y franceses, la justicia que propios, extraños, amigos y adversarios, han hecho á las cualidades eminentes del glorioso Capitan general de mis Ejércitos, así como los tiernísimos consuelos espirituales y materiales que de usted recibí en su lecho de muerte, y que yo jamás olvidaré. Usted efectivamente que como Capellán le acompañó en la guerra, y que con tan sublime abnegación se consagró después, durante largos años, á hacerle llevar el destierro y dulce la vejez, ha rodeado sus últimos momentos de tan filiales atenciones que le han ganado el eterno agradecimiento de la verdadera España.

Lo que más me apena en su relato es el imaginarme cómo debió desgarrarse aquel corazón nobilísimo al presenciar los desastres y las humillaciones de España. Bien se compendiaban aquellos dolores en el supremo grito que se exhaló de su alma generosa, y que subió al cielo confundido en su último aliento.

Con hombres como él al frente del Ejército español no hubieran sido posibles las vergüenzas y las traiciones del año pasado. Pero esos hombres vivían desterrados, lejos de aquella amadísima España, por quien gustosos hubieran dado mil vidas.

Sobre la tumba del heroica Tristany pidamos á Dios que no se extinga la raza de esos hombres, pues si se extinguiera, España desaparecería irremisiblemente y para siempre. Mantengamos la fe que ardia en sus almas, pues con ella pueden ejecutarse prodigios; y si Dios nos protege, llevaremos á cabo uno de los mayores, el de levantar de la postración horrenda á esta España tan querida, hecha hoy ludibrio de las gentes por culpa de políticos sin conciencia ni patriotismo.

Tristany nos ayudará con su intercesión en el Cielo, como usted puede ayudarnos en la tierra con sus oraciones.

A ellas nos encomendamos María Berta y yo, saludándole ambos cariñosamente y quedando yo de corazón,

Su afectísimo,

CARLOS.

A mi Capellán de honor don José Espinós.

CARTA AL SR. OBISPO DE...

Mi ilustre y respetado amigo: ¿Por qué no dice usted en público y con su firma muchas de las cosas que tan gráficamente expone en su carta? Eso contribuiría a romper la lápida de hielo de que usted habla.

«Mi báculo no está solo, y aunque no hubiera más que dos, con ellos se puede formar una cruz, y pendiente de sus brazos ofrecer a la Justicia divina el testimonio del martirio para que se apiade de esta sociedad que se derrumba, de esta Iglesia que se esclaviza, de este Ejército que se hunde, y de esta patria que muere.»

Perdóneme usted, señor Obispo, si para realizar su deseo pongo a la cabeza de esta carta abierta esas magníficas palabras que a pesar de su amargura vibran con la elocuencia de un apóstol y que traen a esta atmósfera de presidio y pantano, en que se asfixian las almas nobles, acentos de Mendoza y de Cisneros.

Usted pertenece a raza gloriosa de Prelados insignes que señalaban con el báculo el sitio donde el guerrero había de clavar, ensanchando las fronteras, la bandera de la patria. Por eso usted, como los que vivimos en el pasado para no ahogarnos en el cieno del presente, no puede dirigir en derredor la vista sin pedir al Señor la cruz para ofrecer la vida en ella y alejarse por el camino del martirio de este Mar Muerto del honor y de la fe, que se llama el Estado español.

Pero yo creo que hoy el martirio consiste en navegar sobre estas ondas, sufrir estos vientos que traen disueltos miasmas de muladar, resistir el abordaje de los bajeles en que combaten la nave de la Iglesia los pratas de la impiedad, y volar a cañonazos o asaltar con las espadas la nave capitana de esas escuadras enemigas, hasta llegar triunfantes a la orilla y levantar el altar y el trono sobre los despojos y ruinas de la revolución aniquilada.

El triángulo de la masonería judaica aparece ya en las cumbres del Estado como el cuadrante que señala las horas de la ignominia, la sombra que aumenta y el sol que declina y traspone los tristes horizontes de la España de la regencia, como si no quisiese manchar su luz alumbrando la cloaca parlamentaria.

¿Y no ha de haber una palabra de santa ira!... Labios que han perdonado y bendecido tantas veces ¿no han de maldecir una siquiera?

«Iglesia que se esclaviza, Ejército que se hunde, patria que muere!...» y ¿vamos a presenciar la esclavitud, el hundimiento y la muerte, sin que los labios de un apóstol pronuncien el anatema contra los poderes prevaricadores que acumulan blasfemias sobre el santuario y crespones sobre la patria desgarrada?

Señor Obispo, las logias han dado la consigna «¡abajo los Curas!» y con el nombre de *reacción*, porque la impiedad todavía es hipócrita, gritan «¡muera la Iglesia!» Los poderes oficiales, autores de la catástrofe, amparadores de la impiedad, dan asiento entre los legisladores al *Gran Oriente Español*, defendido calurosamente por todos los *hermanos*, durmientes y despiertos que *representan!* a la católica España. La logia hace su entrada solemne en el Parlamento que hasta ahora dirigía en la sombra.

Los traidores del Katipunan maldicen al fraile, que durante tres siglos mantuvo a la Corona de España el Archipiélago magallánico, que él conquistó y civilizó, y mientras sostiene enhiesta la bandera nacional en el sublime destacamento de Baler, la masonería ruge furiosa, pidiendo, como el año 34, carne de religiosos para satisfacer los instintos de antropofagia sacrilega que sabe despertar en las muchedumbres envilecidas que acudilla. En la catedral, en el *meeting*, en la calle y el Parlamento y la prensa se crucifica diariamente a Cristo. Hiel, vinagre, espinas, clavos, lanzadas é injurias recibe todos los días en las grandes ciudades, donde aún resuenan las aclamaciones a Barrabás.

En vano los discípulos que no le nie-

gan y siguen el camino del nuevo Calvario y le levantan del suelo y le ayudan a llevar la Cruz, miran impacientes esperando que con noble arranque rompa las filas de la muchedumbre curiosa ó deicida y seque el divino rostro, despreciando las befas y la muerte, quien tiene obligación más estrecha de alentar al pueblo fiel para que no desmaye...

Ríndense al peso de nuestras abominaciones los hombros divinos, palidece con el sudor de la muerte el rostro ensangrentado, y... ¡el que esperamos no llega!

Cada transacción con los verdugos una espina más que clavamos en susienes.

Levantado sobre el Estado moderno, que es el nuevo Calvario, ya no está el Señor crucificado entre dos ladrones, sino entre millares de ellos.

Las Constituciones modernas son el INRI de su cruz.

¿Y la turba deicida la comenta regocijada con el antiguo grito blasfemo: *Notumus hunc regnare super nos!* «¡No queremos que Cristo reine sobre nosotros!»

¿Y no ha de haber, señor Obispo, una mano sagrada que arranque los clavos y el afrentoso letrero y restañe las heridas que gotean sangre sobre unos partidos que parecen legiones de réprobos?

«Tiene sed como en la tarde de la Redención!», y para aliviarla ¿vamos a sostener el brazo que alarga la esponja empapada en hiel y vinagre hasta sus divinos labios?

No murmurarán ya el dulce «¡Perdónalos, Padre mío, que no saben lo que hacen!» porque los que le crucifican son apóstatas y saben que es Dios.

«Ah, señor Obispo, qué horas éstas de tan penosa pesadumbre para las almas creyentes! Parecen una pesadilla y es una realidad... ¡Dios lo quiere!—gritan a lo largo de los campos de batalla los cruzados del siglo XIX; y Godofredo no descubre las huellas de Pedro el Ermitaño, Luis VII no oye la voz de San Bernardo, Ricardo no recibe alientos de Guillermo de Tiro...»

Y los cruzados con su caudillo siguen combatiendo, y a sus corazones, que no se rinden, llegan a veces palabras tristes de almas enfermas pidiéndoles que arrojen las armas, que dejen a Cristo, alma de España, en poder de los infieles y hasta ¡que imiten a Pilatos ó acepten a Saladino!

Señor Obispo, esto tendrá nombre en nuestra lengua, pero no lo tiene en nuestra historia.

En esta tierra de España nunca se quedó atrás de la bandera de la patria, tremolada por el rey, el guión arzobispal y el pectoral del Obispo, y varias veces fueron delante abriéndole camino.

¿Y podrá hundirse la fe en las simas abiertas por las logias; la virtud en las ciudades de Pentápolis, que se agitan bajo el manto de una legalidad sin justicia, el honor, y la bandera y la historia de España en una gran catástrofe que, desde sus orígenes hasta su fin, es una inmensa traición a los derechos é intereses de la víctima para salvar los del verdugo, sin que una voz apostólica, sin quejidos de Job ni lamentos de Jeremías, azote con el fuego de las imprecaciones de Ezequiel é Isaías el rostro de los tiranos?

Señor Obispo, más de la mitad del territorio nacional ha pasado del dominio de la fe católica al de Estados herejes. ¿Y hemos de aplaudir, en nombre de la fe de nuestros padres, a los autores de su derrota?

Pero ¿a quién se lo pregunto? ¿Al Prelado insigne, alma de mártir y de apóstol, capaz de ceñir bajo la mitra el caso de Jirénez de Rada ó de Cisneros?

No, no; a usted, señor Obispo, sólo le repetiré la frase final de la carta a que usted alude: El ejército cruzado está ya en Santa Fe, a la vista del Rey Chico y del último baluarte infiel. Los Reyes Católicos le acaudillan, pero se echa de menos al Cardenal don Pedro de Mendoza, que ha de clavar la cruz de plata en el adarve. ¿Por qué no ocupa usted su puesto? Con más efusión que nunca besaría entonces su anillo pastoral,

JUAN V. DE MELLA.

CRÓNICA GENERAL

NACIONAL

Esos mestizos son atroces; como la cabra tira al monte, tiran siempre a arriar el ascua a su sardina; pero con poca fortuna, *afortunadamente*.

En la contestación al mensaje de la Regente, háy este párrafo:

«Garantía firmísima será para la prosperidad de nuestro porvenir y para la consolidación de la tranquila paz que ambicionamos las relaciones amistosas que nuestro gobierno guarda con todas las potencias extranjeras, congratulándose el Congreso de ello y de que sean el respeto y la gratitud los móviles que inspiren el ánimo de V. M. al acordarse del sabio Pontífice Su Santidad León XIII, foco de luz y centro de amor de las inteligencias y de los corazones de los católicos, dispuestos a no olvidar las enseñanzas de sumisión a los poderes públicos, que él, con su indiscutible autoridad, aconseja y predica.»

Justo Los católicos están dispuestos a no olvidar esas enseñanzas, las únicas que ha dado León XIII, sin duda, mientras los liberales ó mestizos *no están dispuestos a recordar* (porque no es posible recordar lo que no se aprendió) las enseñanzas de santa intransigencia católica, guerra a la masonería y constitución cristiana de los Estados.

Esto se llama algo más que frescura.

Copiamos de la valiente *España Cristiana*, de Valencia, los siguientes párrafos que no elogiarán ni trascribirán de seguro los papeles católicos que andan por ahí alardeando de *puros*. Dice así el citado periódico:

«Nos comunican de Barcelona que desde un púlpito de la ciudad condal se ha predicado lo siguiente, hace pocos días: «Católicos liberales, ¿a qué venis al pie del altar?... ¿Qué le pedís a Dios? ¿Que no baje el crédito? ¿Que se pague bien el cupón? ¿Que no interrumpan vuestra digestión las revoluciones impías?... En vano será que un sistema corrompido y corruptor esté apoyado con báculos: se derrumbará maldecido de Dios y de los hombres. Yo no puedo predicaros otra cosa que la verdad limpia y cruda; los convencionalismos y las medias tintas siempre son contraproducentes y fatales y más cuando se predicán desde un lugar sagrado. Venga esa persecución, que ha de ensangrentar las paredes del templo; venga el puñal, si es necesario lavar en sangre nuestra deshonra; venga la tea, si ha de ser para que se purifique esta atmósfera de corrupción que nos ahoga... No podemos ni debemos respetar ciertos poderes por constituidos que estén, mientras no les veamos informados por la Fe, nuestro más preciado patrimonio; mientras sostengan en sus Constituciones verdaderos atentados contra la Religión de nuestros padres...» Aplausos por nuestra parte al santo predicador. Y preparémonos para escuchar esta clase de sermones, si Dios y Villaverde quieren.»

La Propaganda Católica, de Palencia, revista inspirada por el Sr. Obispo de aquella Diócesis, ha publicado un hermoso discurso firmado por un ilustre sacerdote, el que dirigiéndose al clero, da la voz de alerta, haciendo consideraciones atinadísimas respecto a la intervención de los sacerdotes en la vida pública.

Dice así:

«¿Y los curas que hacemos? ¿qué hacemos metidos en la sacristía?»

En las condiciones de la vida moderna no bastan procesiones y novenas para restablecer los derechos de la Iglesia y restaurar en la sociedad el imperio de Cristo. Dijimos mal; hoy como ayer, los directores de fuerzas sociales en una nación son los únicos dueños del poder político, proposición que alcanza la evidencia de una verdad matemática. La Iglesia triunfó con Constantino porque antes había triunfado en el orden social, triunfó con Recaredo, con San Fernando, con los Reyes Católicos porque Clérigos y Obispos, los Leandros, Raimundos, Men-

dozas y Cisneros, eran los directores y dueños de las fuerzas sociales. No queremos multiplicar los ejemplos porque se trata de una ley histórica irrefragable, de una verdad matemática, según indicábamos, y a la par de sentido común.

Deducimos de estas consideraciones una consecuencia inmediata en la cual queremos que fijen toda su atención nuestros compañeros, nuestros amigos y hermanos en el sacerdocio. Hoy la Revolución (comprendemos bajo este nombre, toda doctrina é instrucción que no acepte íntegramente el credo católico) es más poderosa que la Iglesia en la sociedad española, porque ella es la inspiradora, maestra y dueña de todas las fuerzas vivas que de una manera directa y eficaz actúan sobre esta misma sociedad: confesemos que los curas podemos y significamos bien poco en la prensa, en el derecho de sufragio y de asociación, en el Municipio, en la Cátedra y el Parlamento. Satisfechos con predicar en auditorios de religiosas mujeres el reinado social de Jesucristo, y fijar unos cuantos corazones en el pecho de humildes labriegos, hemos abandonado aquellos formidables poderes en manos del enemigo, cada día más audaz, pujante é insultador.

Es imposible prolongar por más tiempo esta vergonzosa situación. Por la gloria de Dios, por la salvación de las almas, en defensa de la patria ultrajada, en defensa de la Iglesia vilipendiada y escarnecida, en propia defensa, por ese supremo instinto de conservación, debelamos unirnos en un pensamiento y en una acción común, con presteza, con resolución, con energía, acordes, fuertes, denodados, dispuestos a la lucha donde quiera que se presente, penetrando a banderas desplegadas en la vida política y social. ¿Por ventura haciéndonos sacerdotes hemos dejado de ser ciudadanos? Vistiendo la librea de Cristo ¿dejamos de ser hombres?»

DE PALMA

Desde Mahón nos escribe un entusiasta y valiente sacerdote, suscriptor de LA TRADICIÓN, el siguiente párrafo:

«Les felicito a todos por el entusiasmo con que están defendiendo la causa tres veces santa. Hora sería ya que la doctrina del Tradicionalismo imperase en esta desgraciada nación. De tardar este único remedio que vislumbro, no tardaremos también los menorquines (y quizás los demás de Baleares) a pasar a manos de estos lobos rapaces, las grandes Potencias, apoderándose de nosotros la que quiera, con aprobación de los HH. tres puntos.»

La concesionaria de los baños de mar en la Portella, nos participa en atento B. L. M. que queda abierto al público tan acreditado establecimiento, en el que nos consta que se han introducido algunas mejoras en beneficio del público.

Agradecemos a D.^a Juana María Llompart la atención que ha tenido para con nosotros poniendo a nuestra disposición dicho balneario, que especialmente recomendamos a nuestros lectores.

Como saben nuestros lectores por la prensa diaria local, la señora madre del M. I. Sr. Provisor de esta Diócesis, días pasados sufría grave enfermedad que puso en peligro su existencia.

Hoy hemos tenido una verdadera satisfacción al saber que la respetable enferma se halla ya completamente bien de sus dolencias.

El jueves por la tarde tuvimos el gusto de formar en la simpática excursión marítima por la bahía de Palma que, con motivo de verificar sus pruebas oficiales, efectuó el vapor de la Isla Marítima *Cataluña*.

Altamente satisfechos quedamos todos los excursionistas de las extraordinarias mejoras introducidas en el referido vapor, como también de los agasajos que se nos tributaron por parte del Director señor Simó y oficiales de la Compañía.

Publicaciones Recibidas

CARTA OPORTUNA

Nuestro estimadísimo colega *La Semana Católica* de Madrid, acaba de publicar una carta del gran polemista católico don Francisco Mateos Gago, en que pulveriza el discurso pronunciado en las Cortes Constituyentes del 12 de Abril de 1869, por el falsamente llamado *eminente tribuno español* D. Emilio Castelar, y del cual se ha hecho una gran tirada.

Como de dicho discurso queda, para el vulgo ignorante, indefensa y ultrajada nuestra divina Religión y por tierra el buen nombre del insigne orador católico y diputado carlista en las mismas Cortes D. Vicente Manterola, los católicos todos tenemos el deber de propagar y difundir por todas partes la hermosa carta del señor Gago, pues en ella se defiende varonilmente la doctrina de la Iglesia, la verdad histórica y la fama imperecedera del señor Manterola.

El precio de cada ejemplar es de 25 céntimos de peseta en Madrid, pero pidiendo cincuenta ejemplares se remiten francos de porte y certificados previo envío de letra del Giro Mutuo de 10 pesetas.

Los pedidos á la Administración de *La Semana Católica*, Paz, 6, principal, Madrid.

El 20 por ciento del producto de la venta se destina al socorro de nuestros hermanos los prisioneros españoles de Filipinas.

VARIETADES

LA LIBERTAD Y EL PAN

Dinamita para los ricos; hambre para los pobres; he aquí los frutos de la libertad sin Dios.

En cierta ocasión Juan Lobo se dirigió al corral de Juan Cordero y metiendo el hocico por debajo de la puerta le dijo:

—Compadre, me dá lástima verle á usted siempre encerrado. ¡Si supiera usted lo que es la libertad!

—Ni falta, compadre.

—Porque no la conoce usted.

—¿Pero, para qué sirve?

—Para muchas cosas. Abrace usted y las verá.

—Se incomodará el pastor.

—Es un oscurantista. No le haga usted caso.

Juan Cordero cayó en la tentación, abrió la puerta y ¡zas! Juan Lobo se le tiró al pescuezo.

—¿Qué hace usted, compadre?—gritó Juan Cordero alarmado de la confianza.

—Enseñarle á usted la primera cosa para que sirva la libertad.

Apliquemos el cuento

El pueblo cristiano vivía en el redil de a Iglesia disfrutando todas las liberta-

des necesarias para ser feliz. Ciertamente que no tenía la libertad de imprenta para blasfemar, ni la libertad de pensamiento para disparatar, ni la libertad de enseñanza para aprender que era hijo del mono; pero tenía la libertad de comer pan y gozar de paz, gracias al cercado que le separaba de Juan Lobo, por lo cual el muy farsante, vistiéndose de miliciano nacional, se fué y tocando á la puerta le dijo: «ayúdame á romper este obstáculo y te proporcionaré delicias que no conoces.»

El pueblo cristiano abrió y... allá va la lista de las dentelladas que desde aquella fecha ha llevado en el pezcuezo.

Dentellada primera

En el siglo XVI, aquel siglo de oro en el que España era tan poderosa que en sus dominios no se ponía el sol, el presupuesto del Estado sólo importaba 50 millones de pesetas y necesitó dos siglos más para subir á 150. Triunfó la primera revolución liberal y á los veinte años el presupuesto había subido á ¡DOSCIENTOS NOVENTA Y SEIS MILLONES!!!

Dentellada segunda

En el año 1845 viendo Juan Cordero que se desangraba empezó á quejarse, y Juan Lobo comprendiendo que iba haciéndose de *sentio* para aplicarlo tomó la piel de oveja, se bautizó con el nombre de partido moderado y le mejoró la situación, subiendo el presupuesto á TRESCIENTOS NOVENTA Y TRES MILLONES!!!!

Dentellada tercera

—Eso no puede seguir así: los moderados son unos ladrones—dijo Juan Cordero en cuanto vió que había mudado de molinero, pero que no aumentaba la harina.

—Cálmate—dijo Juan Lobo—que yo formaré otro partido, que se llamará progresista, y castigará á esos pícaros de rados aliviando el peso de los tributos.

Y, en efecto, el año 1854 subió el partido progresista, y al son del himno de Riego, *alivió de peso* á Juan Cordero, subiendo el presupuesto á SETECIENTOS CUATRO MILLONES!!!!

Dentellada cuarta

—¡Qué me muero! ¡no más despilfarrar! es preciso hacer una revolución verdadera; ¡moralidad! ¡economía! ¡abajo las quintas! ¡abajo los consumos! ¡pena de muerte al ladrón! ¡viva España con honra!—gritó Juan Cordero desesperado, viendo que todos le engañaban y que se aniquilaba por momentos.

—Tienes razón, pobre Cordero, dijo

Juan Lobo; ahora formaré yo el partido democrático radical, echando abajo todo lo existente.

Y, en efecto, vino la *gloriosa*, el año de 1868, y echado abajo lo existente, en sólo 30 meses elevó todas las contribuciones, duplicó los consumos y subió el presupuesto á ¡OCHOCIENTOS Y PICO DE MILLONES!

Esto después de subir la deuda á ¡¡DIEZ MIL TRESCIENTOS MILLONES!!! ó sea al duplo de lo que importaba antes.»

Faltaba la última prueba de cariño que el liberalismo tenía que dar al pueblo y acaba de realizarse en los presupuestos para el año 1900, que ascienden á la respetable suma de ¡NOVECIENTOS TREINTA Y CUATRO MILLONES!!

¡Así paga el liberalismo á los que le sirven!

ADOLFO CLAVARANA.

"LA CRISTIADA"

por Fray Diego de Ojeda—Edición monumental dedicada á Su Santidad León XIII.—L. González y Compañía, editores, Lauria, 78.—Barcelona

Tres años van allá; la empresa era titánica; si á cualquiera de espíritu apocado, sin grandes alientos, sin extraordinario entusiasmo se le hubiese anunciado, ó hecho ver en perspectiva la obra colosal que se trataba de llevar á cabo, el verdadero monumento artístico-editorial que había de levantarse, ciertamente, sobrarian motivos para temblar ante el resultado. Y, no obstante, á pesar de lo colosal del asunto, de los justos temores que la empresa debía inspirar á sus decididos y valientes campeones, á los entusiastas editores, la obra se hizo; ahí está en pie, testigo formidable, argumento poderoso que demuestra cuanto puede una voluntad sostenida y animosa! El Arte, las Letras, la Religión, la Patria, la laboriosidad catalana, las personas todas que han tomado alguna parte en el asunto, todos están de enhorabuena. La soberbia pirámide levanta su mole grandiosa, y esa mole está compuesta con aquellos 32 cuadernos, que son otros tantos prodigios.

Y en efecto; por aquellas páginas orladas maravillosamente, verdadera expresión de un sentido artístico delicadísimo, labor que será título indisputable del gran talento de sus autores, desde el señor Riquer hasta el señor Castelucho, corren las innumerables octavas que com-

ponen el poema, conocido ya, es verdad; pero que está pidiendo nueva lectura, del ilustre dominico Fray Diego de Hojeda, que trazó vigorosamente, derramando la suave unción de su alma cristiana y piadosa en el divino asunto por él tan delicadamente cantado, el misterio sublime de la Redención Humana hecha al infinito precio de la Pasión y Muerte del Hijo de Dios hecho Hombre. ¡Siempre la contemplación de los tormentos por Jesucristo sufridos para libertar al hombre caído, fué manantial de gracias, consuelos y esperanzas para el alma; y nunca, como en las amarguras presentes, podía buscarse lenitivo comparable para los angustiados corazones españoles! La lectura, pues, de esa grandiosa epopeya de la Redención Humana, se impone con toda fuerza; pero, hecha en las excelentes condiciones en que aparece el texto, crece sobre toda ponderación. Allí, al lado de la piedad, de la belleza poética, de la mística y cristiana contemplación, vienen á prestar ánimos, á dar brillo y grandeza á la letra del poema, la soberbia elegancia de la edición. El papel riquísimo; los caracteres nunca empleados, de fundición expresa; las inspiradas orlas, las preciosas viñetas, cabeceras y finales; y luego aquel verdadero museo tan variado, tan hermoso, tan magistralmente reproducido, aquellos treinta y dos cuadros, ricos de colorido, de fuerza, de expresión, creaciones sublimes del arte pictórico, labor delicada y magistral, en las copias reproducción maravillosa en el lienzo y en el papel, de la visión inspirada por el genio á los Murillo, Piombo, Flaudrin, Ribera, Tintoretto, Veronés, Tiziano, Guido Reni, L'Orbetto, y otros maestros, gloria de la pintura cristiana, y para coronamiento de tan colosal empresa, las artísticas y riquísimas tapas ó envolturas hechas en piel natural dejando así la edición como obra perfecta y acabada, como monumento en donde nada falta y que deja cubiertos de honor y de muy noble satisfacción á los editores señores L. González y compañía, de Barcelona, á quienes desde el modesto rincón de mi humilde biblioteca, en donde escribo, envío cordial y justísima enhorabuena, como lo harán seguramente quienes hayan registrado su monumental edición de LA CRISTIADA, si, como es de presumir, tienen alma de artistas y entusiasmo por las glorias del arte en España.

EMILIO A. VILLELGA RODRÍGUEZ.
Santiago, Junio de 1899.

allí la cara entre las manos, se abandonó totalmente al dolor y á las lágrimas.

—¡Qué desgraciado soy! exclamaba, ¿por qué habré dejado partir á mis hijos? ¿por qué al menos no los habré acompañado yo mismo? Yo hubiera muerto con ellos, y así me hubiera descargado de este pesado fardo de la vida que hace mucho tiempo no soporto sino con trabajo y con dolor!... ¡Cielos! ¡parece ver en medio de ese mar alterado por la tempestad el navío lanzado contra los escollos y roto en mil pedazos!... ¡Ay! mi padre pereció también en el abismo, y yo debería haber sido sumergido con mis hijos! ¿Por qué yo, el único de mi familia, he de estar condenado á una vida miserable y tanto más angustiada, cuanto ella parece á los ojos de mis amigos un continuado encadenamiento de placeres, una serie no interrumpida de prosperidades?... ¡Ah! preciso es que nuestra raza haya cometido algún grande crimen para excitar de este modo la cólera de los dioses; ¡pero no la han destruido enteramente! ¿Era acaso preciso reservarme para que fuese testigo de los desastres de mi familia?... ¡La desgracia, la desgracia ha mado sobre mí! Como sueños se han desvanecido las esperanzas de mi juventud, la dicha que yo me prometía para mi ancianidad ha sido destruida; el duelo y las lágrimas serán eu adelante mi herencia y la tumba mi único consuelo!... ¡Desgraciado del padre

visto en Gaza al más desgraciado de todos los padres!

Después de esta exclamación de la desesperación y del dolor, se arrancó la barba y rasgó sus vestiduras. Luego, como un insensato, corrió al templo, salió casi al punto y descendió á la ribera para maldecir al mar y hacer resonar las calles de su jardín con sus gritos y sus gemidos.

El mensajero le siguió á lo lejos, no atreviéndose á acercarse por temor de ser víctima de su furor.

—Tengan los dioses piedad de vuestro dolor, exclamó, y se alejó rápidamente.

Preparada ya Eufrasia para la terrible noticia, la recibió con la resignación y la sumisión de una cristiana. Lloró también, pero sus lágrimas eran las que la Religión permite á la naturaleza de volver un día á ver á sus hijos en el seno de su Dios, reanimó poco á poco su espíritu, y pudo decir con Job: *El Señor me los dió, el Señor me los quitó, ¡sea su nombre bendito!* Arrodiándose luego ante el signo de nuestra redención:

—Dios mío, dijo, ¿por qué he de sentirlos? ¿No están mejor con Vos, que en medio de las seducciones que les esperaban en Antioquia? Si ellos se hubieran perdido, en vez de llorar su muerte, sentiría haberles dado la vida; verdad es que aún no han recibido el sacramento del bautismo, pero hace mucho tiempo que ellos deseaban este beneficio

ligión de los cristianos; tuvo horror de sí mismo, y cayó desplomado sin conocimiento.

Eufrasia oró, y su fervor parecía crecer con la tempestad; ni ella ni su amiga se apercibieron del desmayo de Jenofonte, á quien no osaba levantar ninguno de sus criados, y permanecieron postradas hasta que la tempestad hubo comenzado á calmar.

Jenofonte recobró por fin el conocimiento. Paseó en torno suyo miradas extraviadas como el viajero que después de haber estado algún tiempo oculto por la aparición de una fiera, levanta lentamente la cabeza para asegurarse de que el peligro está lejano.

—La tempestad ha pasado, dijo acercándose á las mujeres que aún permanecían sumergidas en profundo recogimiento; pero ¡ay! ¡qué angustias ha dejado en pos de sí! ¡Oh, Marnas! ¿qué te he hecho yo para merecer de este modo tu ira?

—No es su cólera la que has experimentado, respondió Eufrasia, un ser imaginario, una estatua inerte es incapaz de sentir ni de querer, y no puede tener odio ni amor. Antes bien reconoce en esa tempestad la omnipotente mano del Dios de quien tú blasfemas, el cual ha querido probarte que sólo él es el soberano Señor de los elementos y el que manda á los vientos y á las olas. Oh, amigo mío, reconoce su poder y su justicia,

CORREOS

Nota relativa á las salidas y entradas de los correos de esta Capital.

Salidas

Lunes, dos tarde, para Barcelona (vía Sóller).
 Martes, cinco tarde, para Barcelona (directo).
 Miércoles, nueve mañana, para Ibiza y Valencia; y dos tarde, para Mahón (vía Alcudía).
 Jueves, ninguna.
 Viernes, cinco tarde, para Barcelona (directo).
 Sábados, nueve ma.ª para Ibiza y Alicante.
 Domingos, dos tarde, para Barcelona (vía de Alcudía.)

Entradas

Lunes, nueve mañana, de Barcelona (vía de Sóller); y de Mahón (vía de Alcudía).
 Martes, nueve mañana, de Ibiza y Alicante.
 Miércoles, nueve ma.ª de Barcelona (directo).
 Jueves, diez mañana, de Barcelona (vía de Alcudía).
 Viernes, dos tarde, de Ibiza y Valencia.
 Sábados, nueve ma.ª de Barcelona (directo).
 Domingos, ninguna.

Servicio directo entre Mallorca y Menorca

De Palma para Mahón, los sábados, 5 tarde.
 De Mahón para Palma, los martes, 5 tarde.

LA TRADICIÓN

PERIÓDICO CATÓLICO MONÁRQUICO

Se publica el Sábado de cada semana.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

	Ptas.	Cts.
Islas Baleares, trimestre . . .	1'25	
Provincias id . . .	1'50	
Ultramar y Extranjero id. . .	3'00	
Número suelto . . .	0'10	

Todos los pagos anticipados.

Administración: **CONQUISTADOR 30**

PUNTOS DE SUBSCRIPCIÓN

En la Administración y en la Librería de los Sres Amengual y Muntaner, Cadena 2.

ANUNCIOS

En la 4.ª páginas á precios reducidos.

REDACCIÓN

CONSTITUCIÓN, (esquina de San Jaime)

Ferro-Carriles

Servicio de trenes para viajeros que regirá en los caminos de la Compañía desde el 10 de Abril de 1898.

De Palma hasta Manacor y Felanitx, á las 7'40 mañana y 6'25 (mixto, entre Empalme y Manacor y Santa María y Felanitx), tarde.

De id. hasta La Puebla, á las 7'40 mañana, 2'30 y 6'25 (mixto desde Empalme) tarde.

De Manacor hasta Palma, á las 4 (mixto, 6'30 mañana y 5'15 tarde.

De Manacor hasta Felanitx y La Puebla, á las 6'30 mañana y 5'15 (mixto en los ramales) tarde.

De Felanitx hasta Palma, Manacor y La Puebla, á las 6'40 mañana, 12'15 (mixto hasta Santa María) y 5'25 (mixto desde Empalme) tarde.

De La Puebla hasta Palma, Manacor y Felanitx, á las 6'55 mañana, 1 y 5'25 (mixto hasta Empalme) tarde.

ÚLTIMAS COTIZACIONES

MADRID

Aduanas	00'00
Filipinas	00'00
4 pº perpétuo interior.	62'55
4 pº exterior.	68'60

4 pº amortizable	69'60
Cubas (90).	59'40
Cubas (86).	70'50
Banco de España	000'00
Tabacos	308'00
Franco	21'85
Libras	30'73

BARCELONA

4 pº perpétuo interior.	62'68
4 pº perpétuo exterior	00'00
4 pº amortizable	00'00
Cubas (86).	70'10
Cubas (90).	59'37
Ferro-carriles del Norte	50'50
Paris	00'00
Francias	38'85

PALMA

Crédito Balear	75'00
Cambio Milorquin	3'50
Fomento Agrícola	74'00
Ferro-Carriles de Mallorca	44'00
Almbrado por Gas.	50'00
Salinas de Ibiza.	200'00
La General Mallorquina	00'00
Bonos Municipales	34'00
La Isleña Marítima.	53'50
B. de P. y Caja de Ahorros	00'00

ANUNCIOS

DEVOCIONARIOS

SEMANAS SANTAS

Los hay desde las encuadernaciones más lujosas hasta las ediciones más económicas, con los títulos siguientes:

Luz del Cielo.—Guía del Cristiano.—Eucologio Romano.—Vade-Mecum del Devoto Cristiano.—Oficio Divino.—Oficio del Domingo.—Pequeño Oficio del Domingo.—Tesoro Divino.—Luz Divina.—Mujer Católica.—El Pan del Cielo.—Diamante Divino.—El Devoto Feligrés.—Pequeño Eucologio Romano.—Novísimo Joyel de la Niña Cristiana.—Iris del Cristiano.—Ejercicio del Cristiano.—Manual de Meditaciones.—Ancora del Cristiano, etc.

LIBRERÍA DE AMENGUAL Y MUNTANER.—CADENA, 2.—PALMA.

La Leyenda de Oro

VIDA DE TODOS LOS SANTOS
 QUE VENERA
 LA IGLESIA CATÓLICA

Quinta edición en 4 tomos en 4.º mayor con texto del P. Ribadeneira y completada al día con las vidas de los Santos y beatos modernos y trabajos sobre N. Señor Jesucristo y la Santidad por el M. I. Sr. Dr. D. Eduardo María Vilarrasa. Ha sido indulgenciado en el año 1898 por 54 Prelados españoles.

Puede adquirirse completa y encuadernada al precio de 120 pesetas, tanto al contado como á plazos de 10 pesetas mensuales, ó bien por cuadernos semanales de una peseta, dirigiéndose á los editores Sres. L. González y Comp.ª—Lauria, 78—Barcelona.

ALMACENES MONTANER

SINDIATO, 2ª 10 y MILA GRO, 1ª 11

La casa que presenta mayores surtidos.
 La que vende más barato.
 La que proporciona mayores ventajas á sus parroquianos.

Se expenden á precios sin competencia artículos especiales para trajes de señores Sacerdotes, Ornamentos Sagrados y Estatuaria religiosa.

Objetos de Plata Meneses especiales para el Culto Divino y servicio de mesa.

Lençeria y artículos de punto, Pañería y Novedades para Señora y Caballero.

Queda instalado en esta casa un departamento especial de trajes tales y Ornamentos Sagrados.

PRECIOS BARATOS Y GÉNEROS BUENOS

PALMA.—Tip.—lit. de Amengual y Muntaner.

á fin de que puedas también un día experimentar su bondad y gozarte en su misericordia.

Jenofonte nada respondió. Un solo pensamiento le ocupaba, y este pensamiento le sumergía en el más profundo abatimiento; el oprobio que su dios acababa de arrojar sobre él le hacía insensible á todo lo demás. Le era bochornoso haber esperado con tanta fe y haber sido tan cruelmente engañado. Los votos que había hecho, los sacrificios que había ofrecido no habían servido sino para humillarle delante de su esposa, á quien se gloriaba de haber forzado á confesarse vencida. No sabía cómo explicar el abandono en que Marnas le dejaba, y la indiferencia que respecto de él había merecido. Antes no esperaba sino el momento de tributar á su dios acciones de gracias, y ahora ¡oh desengaño cruel! no sabía si implorar ó más bien maldecir el nombre del que había destruido sus más dulces esperanzas. Pero, como Faraón en otro tiempo, cerró los ojos para no ver la luz que se presentaba delante de él, y en vez de reconocer con su esposa la verdad evangélica, continuó acusando interiormente á Eufrosia por las desgracias que acababan de caer sobre se familia.

No pudiendo, sin embargo, soportar su mirada dulce y tranquila que parecía reprenderle su ciega confianza en Marnas, se retiró á un lugar apartado, y cubriéndose

de sus hijos, incertidumbre tan penosa para él como la noticia de su muerte. El mensajero se acercó al gran sacerdote con los ojos bajos, y le presentó las banderolas sagradas que el mismo Jenofonte había atado á la popa del navio.

—Señor, dijo, hé aquí lo que mi amo os envía; esto es lo que con algunos despojos hemos podido recoger de vuestro buque sobre las costas de Cesárea. Habiendo reconocido los colores de Marnas, nos hemos apresurado á explorar toda la ribera para salvar, si aún era tiempo, á los pasajeros ó marineros que el mar hubiera arrojado. No hemos encontrado sino cadáveres, entre los cuales no se ha hallado el cuerpo de ninguno de vuestros hijos. Ha sido imposible socorrer á los naufragos: no hay memoria de que el mar haya estado nunca tan terrible. Testigos forzados nosotros de este desastre, hemos hecho votos por las víctimas: estos votos ¡ay! han sido estériles. ¡Todos han perecido! A vos, gran sacerdote de Marnas, es á quien corresponde ahora ir á consolar á las viudas y á los huérfanos que este desgraciado acontecimiento ha hecho en vuestra ciudad.

—¡Y quién me consolar á mí! exclamó el gran sacerdote con una voz lamentable, á mí, padre de dos hijos que el destino cruel acaba de arrancarme. ¡Ve, mensajero de la desgracia, ve á decir á todo el país que has

que ha perdido el más dulce apoyo de su vida, el apoyo de su ancianidad!

Eufrosia trató de tranquilizarle, manifestándole que sus dos hijos habrían tal vez escapado de la muerte, pero sus palabras parecían ser dirigidas á una estatua: el gran sacerdote quedó sumergido en su melancólico estupor. No fué al templo de su dios, y se quedó encerrado en su casa. Sus amigos vinieron á manifestarle la parte que tomaban en su aflicción: pero rehusó recibirlos, y continuo llorando noche y día. La resignación de su esposa le trastornaba, la prohibió igualmente la entrada en sus habitaciones. No sabía que el duelo del cristiano no es largo, porque le queda la esperanza de unirse en una vida mejor y para toda la eternidad con los padres ó los amigos que la muerte le ha arrebatado. Esta esperanza faltaba á Jenofonte, y su dolor era tan vivo como irreparable le parecía la pérdida que deploraba. Sin embargo, aún no tenía de ella sino presentimientos y temores; ninguna noticia positiva le habia sido comunicada respecto de la muerte ó del naufragio de sus hijos.

Algunos días después de la última tempestad llegó un mensajero de Cesárea de parte del encargado del faro de este puerto. Jenofonte ordenó que al punto fuera introducido, porque no podía soportar la incertidumbre en que estaba sobre la suerte